

vantan su asquerosa cabeza contra el Cristianismo, son falsos, completamente falsos.

De manera, que todos los sofismas, todos los *sí*, todos los *pero*, todos los *porque* contra el dogma, la moral y el culto del Cristianismo, se estrellan contra él, como la bala del Árabe fugitivo contra la pirámide del desierto.

VII

Hemos logrado nuestro objeto. El cristiano del siglo diecinueve conoce el REFUGIO, el castillo fuerte, la inexpugnable ciudadela, desde donde puede desafiar los ataques de sus enemigos, lo mismo que las tormentas y los peligros de los tiempos actuales.

Aquí podríamos dar por terminada nuestra tarea. Queremos, no obstante, continuarla. Nos parece útil poner de manifiesto todo el poder, no solamente *defensivo*, sino también *ofensivo*, de esta palabra maravillosa: CREDO.

CAPÍTULO XXVII

Una arma ofensiva

I

La primera é inmensa ventaja del hecho sobre que se funda el CREDO del cristiano, el establecimiento del Cristianismo, es aniquilar de un solo golpe todas las objeciones. Otra, no menos importante, es convertirlas en pruebas y pruebas triunfantes.

De escudo y refugio, el CREDO se convierte en *revólver* y *cañón rayado*. De arma defensiva, se convierte en ofensiva de un poder y precisión admirables. Vamos á demostrarlo. Ya que durante tanto tiempo de todo se ha valido el impío contra la Religión, séanos permitido usar de represalias y volver contra él sus propias armas. Bastantes veces ha convertido el incrédulo al cristiano en idiota; ¿llevará á mal que el cristiano le transforme en apologista?

II

Para los librepensadores, sean panteístas, materialistas, socialistas, solidaristas, racionalistas, espiritistas, el Cristianismo no es siquiera un sistema razonable. Descubren en él una multitud de cosas que no resisten á la crítica, ó que pugnan con el buen sentido. Las objeciones contra el dogma, atacan la divinidad y hasta la existencia de Nuestro Señor Jesucristo. Para unos, Jesús de Nazareth es un hombre como cualquier otro. Para los otros, es simplemente un mito, inventado con el objeto de personificar un sistema, como los héroes y semidioses de la mitología.

III

Los doce apóstoles son los doce signos del zodiaco; ó si han existido de hecho, son unos fanáticos é ilusos, que han afirmado ver lo que no habían visto, oír lo que no habían oído, tocar lo que no habían tocado.

Los misterios del Cristianismo forman en su conjunto un tejido de contradicciones, de imposibles, de absurdos, de desvaríos, á los que basta el menor grado de ciencia para hacer pronta y severa justicia.

IV

En cuanto á la moral, sostienen que es un fárrago de leyes y prácticas, anticuadas, inútiles, arbitrarias y supersticiosas las unas y las otras, imposibles de guardar, contrarias á las más imperiosas inclinaciones de la naturaleza, y á los imprescriptibles derechos de la libertad humana. De donde concluyen, que un Dios infinitamente justo y sabio no puede ser su autor.

Así que, según la última palabra de los incrédulos sobre el Cristianismo, éste es absurdo de una parte, imposible ó inútil de la otra; de modo que al abrazarle el género humano, ha sido víctima de una alucinación.

V

Apoyado en el hecho del establecimiento del Cristianismo, el CREDO convierte en victoriosa prueba este doble ataque. Hemos podido ver por lo que precede, que aun aceptado el Cristianismo como un sistema razonable, es imposible explicar su establecimiento por medios humanos. A menos de admitir un efecto sin causa, es de toda necesidad de acudir al milagro.

VI

Dicen los incrédulos, y se esfuerzan en persuadirlo al mundo entero, que el Cristianismo no es siquiera un sistema razonable; que sus dogmas son falsos, increíbles y absurdos en muchos puntos. ¿Qué es esto, sino aumentar inmensamente la dificultad, ya muy grande de suyo, de hacerle aceptar y demostrar con nueva fuerza la existencia, la necesidad, el número y la evidencia de los milagros que le han persuadido al universo?

VII

Cuanto más fuertes y numerosas sean las objeciones de los incrédulos, mayor es la dificultad de la empresa. Por consiguiente, más evidente es el milagro, y obliga más á confesar la realidad y el poder de la intervención divina, que ha sujetado al yugo de la fe cristiana las más orgullosas inteligencias, la razón misma del género humano.

VIII

Sin apercibirse de ello, el incrédulo se transforma en apologista, y viene á ser un Padre de la Iglesia. De buena ó de mala gana, se ve obligado á usar este lenguaje: «Mis objeciones contra los dogmas cristianos no son nuevas. Todas y otras muchas más, se han puesto desde el origen del Cristianismo por los herejes, por los filósofos paganos, por incrédulos, no menos hábiles que yo.»

«No hay un dogma de la fe cristiana que no haya sido cien veces atacado

por la razón, por la ciencia, por la historia, por todo género de objeciones, y esto con una habilidad que nada puede exceder. No hay un misterio que no haya sido desfigurado, desnaturalizado, representado en el teatro y entregado á las risas del mundo que oía hablar de él por primera vez.»

IX

«Si á pesar de mi educación en un país cristiano, á pesar del ejemplo de tantos grandes hombres y de tantos grandes pueblos que han creído; de tantas personas tan ilustradas como yo, que continúan creyendo; si á pesar de una posesión pública de dieciocho siglos, me parecen tan contrario á la razón los dogmas del Cristianismo, que no puedo creerles, ¿qué debieron parecer al mundo pagano, sino un escándalo, capaz de hacer sucumbir los espíritus más firmes; una locura á propósito únicamente para provocar la risa, el sarcasmo y el desdén?»

«Cuanto más siento la fuerza de las

objeciones, cuanto más resaltan ante mis ojos este escándalo y esta locura, mejor comprendo la imposibilidad absoluta en que se hallaba el mundo pagano para creer en el Cristianismo.»

X

«Sin embargo, estos dogmas cristianos que aparecen ante mí como un sistema incoherente, incapaz de sostenerse ante mi crítica; como una mezcla ridícula de fábulas y contradicciones; como una montaña de absurdos é imposibles, han sido creídos por el Universo.»

«Han sido creídos bajo la palabra de doce ignorantes.»

«Han sido creídos en pleno siglo de Augusto, es decir, en el siglo por excelencia de las luces de la filosofía, de la elocuencia y de las artes.»

«Han sido creídos, á pesar de la oposición, cien veces renovada, de los libres pensadores contemporáneos, cuyos libros y pluma repetían lo mismo enteramente que yo me digo á mí

mismo. Los dogmas del Cristianismo son un tejido de concepciones imaginarias, un desgraciado plagio de viejas tradiciones orientales y de algunas fórmulas filosóficas.

XI

«Han sido creídos, á pesar de los señores del mundo armados para proscribirles; á pesar de Nerón, Domiciano, Diocleciano, Galerio; á pesar de los leones, de los tigres, de las hogueras, de los peines de fuego, empleados para impedir que se creyese en ellos.»

«Han sido creídos en todos los puntos del globo, en Atenas, en Roma, en Oriente, en el Occidente.»

«Y á pesar de mí, y de otros como yo, son todavía creídos.»

XII

«¿Qué medios hay de explicar este hecho inexorable?»

Dos solamente: la LOCURA ó el MILAGRO.

«El milagro, que yo no admito; pues si le admitiera, sería católico.»

«La locura; pero ¿quién es el que está tocado de ella? ¿Estoy seguro de no ser yo? ¿Estoy seguro de tener yo solo razón contra todo el mundo, y de ser solamente el sabio y el ilustrado entre los mortales?»

XIII

«¿Puedo tener una confianza razonable en objeciones que nada tienen de sólido á los ojos del resto de los hombres, y que quizá me parecerían ilusorias también á mí, si el corazón no extraviara mi razón?»

«Me tengo por sabio; y el mundo entero por el órgano de sus grandes hombres y de sus grandes pueblos, me dice que soy un necio, víctima de un vano error.»

«¿No dirá el mundo la verdad?»

XIV

«Hacerme apologista á pesar mío, tal es el resultado de mis objeciones»

contra los dogmas del Cristianismo. Las he dispuesto tan bien, que todas se han convertido en pruebas concluyentes; de suerte que me encuentro encerrado en un círculo de hierro, del que únicamente puedo escaparme por dos salidas.

«LOCURA ó MILAGRO.

«LOCO ó CATÓLICO.

«No hay medio.»

CAPÍTULO XXVIII

Continuación del anterior

I

Lo mismo que las objeciones contra los dogmas del Cristianismo, producen los ataques contra su moral el inesperado efecto de confirmar el CREDO del cristiano. Todas las reclamaciones del orgullo, todos los murmullos de las pasiones, todas las rebeliones de la naturaleza contra los preceptos del Evangelio, tienden á demostrar que estos preceptos son inútiles, imprac-

ticables, anticuados, contrarios á la libertad del hombre, y que pueden observarse ó no sin consecuencias.

II

¿Qué resulta de aquí?—otra prueba palpable de la existencia, de la necesidad, de la multitud y de la evidencia de los milagros, que han obligado al mundo á encorvar su cabeza bajo el yugo de la moral cristiana. Cuanto más fuertes, cuanto más numerosas son las objeciones, tanto más hacen aumentar la dificultad de la empresa; y, por consiguiente, tanto más hacen brillar la fuerza victoriosa de los milagros que han triunfado de las resistencias del universo.

III

Aquí el librepensador Renán, Proudhón, Strauss, sea cualquiera su ciencia, su edad ó su nombre, se encuentra de nuevo transformado, en el fuero de su conciencia, en apologista involuntario.

Está condenado á decir: «La moral del Cristianismo era, hace dieciocho siglos, lo que es en la actualidad. Esta moral me parece en muchos puntos inútil, anticuada, impracticable, contraria á mi razón y á mi libertad. Yo siento esta imposibilidad, yo proclamo esta libertad de elegir los preceptos que me convienen y dejar los que no me convienen.

IV

»Esto lo siento y lo proclamo yo, nacido en el seno del Cristianismo, habituado desde la infancia á considerar la ley evangélica como una ley divina y obligatoria en todas sus partes; acostumbrado en las rodillas de mi madre al yugo que impone; yo, que he crecido en una atmósfera cristiana y que vivo rodeado de ejemplos, cuya voz incesante me predica la necesidad absoluta de la moral del Cristianismo y la posibilidad de practicarla.

V

»Si á pesar de todo esto me parece imposible, inútil, ¿cuánto más no debió parecerle al mundo pagano, sepultado en los placeres de los sentidos, cuando le fué anunciada por primera vez? ¿Cómo, pues, tantos jóvenes, de carne y hueso como yo, tan débiles, tan ricos, tan instruidos, tan apasionados, quizá más que yo; cómo tantos hombres de toda edad, rango, condición, país, tan hábiles, tan sabios, quizá más que yo, han podido aceptar como verdadera, como obligatoria, como posible, esta misma moral que yo declaro falsa, imposible?

VI

»¿Cómo se han sometido á ella con tanta docilidad? ¿Cómo han observado todas sus prescripciones con una perfección constante, cuando para verificarlo era necesario, no solamente encadenar las pasiones, alimentadas desde la cuna por hábitos contrarios,

fortalecidas con el ejemplo universal, consagradas por la religión, cambiar radicalmente sus ideas, sus gustos, su vida entera; romper, por consiguiente, cadenas en cuya comparación son las más guirnaldas de flores; sino todavía más: consentir en ser renegado por sus parientes, despojado de sus bienes, abrumado de sarcasmos, azotado hasta derramar sangre, marcado con un hierro candente, enviado á las galeras, esperando por último estímulo, el delicioso placer de ser asado vivo, ó destrozado entre los dientes de un león de África ó de un oso de la Germania, en medio de los aplausos de todo un pueblo?

VII

»¿Qué medios hay de explicar este nuevo hecho, no menos implacable que el primero?

»Dos solamente: el DELIRIO ó el MILAGRO.

»La FE ó la LOCURA.

»No hay otro medio.

VIII

»Tal es el resultado de las objeciones de mi espíritu y de las rebeliones de mi corazón contra la moral del Cristianismo. Grado por grado, he venido á demostrar mejor que todos los apologistas, la necesidad imperiosa y la incertidumbre inquebrantable de los milagros, cuya evidencia ha podido solamente vencer en todo el género humano la oposición más formidable que puede concebirse: el orgullo de los sentidos, la debilidad del corazón y la violencia de las pasiones, coligadas contra la moral evangélica.

IX

»Esta demostración tiene además la propiedad de aumentar en fuerza, en razón directa de mis dificultades. Cuanto más vivas son mis pasiones, más indomables mis sentidos, más inveterados mis hábitos, más pesadas mis cadenas, mas comprendo la necesidad y la irresistible fuerza de los mila-

gros, que han triunfado de todas estas cosas en el siglo de Augusto, habiéndole hecho aceptar y practicar al precio de su sangre una moral, cuya imposibilidad nadie conoce mejor que yo.»

X

«¿Qué es lo que me queda?

»Pretender que la creencia del género humano en el Cristianismo es efecto de una alucinación.

»Pero se me podrá responder con razón: si el género humano está alucinado ¿quién te dice que tú no lo estás también?

»Si todos los hombres son locos, prueba que tú solo eres el cuerdo.»

XI

«¿Qué me queda, pues? A menos de cerrar los ojos para no ver, y de condenarme á una inconsecuencia perpetua, que sería el gusano roedor de mi conciencia, la vergüenza de mi vida y el tormento de mi muerte, no me queda más camino que volver á la fe de

mi bautismo, y profesar, más con mi conducta que con mi boca, el inexpugnable CREDO del mundo católico.»

Este es el solo partido razonable:
CREDO.

CAPÍTULO XXIX

Resumen general

I

Impresionados ante los inmensos peligros que amenazan en la actualidad la fe de muchas almas, hemos querido procurarlas un refugio seguro.

Este refugio se halla en esta palabra: CREDO.

Fundada sobre un milagro, el más evidente de todos y subsistente, esta palabra bien comprendida es para el cristiano un medio invencible de defensa y un principio eterno de victoria. *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

¿Qué milagro es este?

La conversión del mundo resumida en este hecho:

EL MUNDO ADORA Á UN JUDÍO CRUCIFICADO.

II

Este hecho da lugar al razonamiento siguiente: Este Judío crucificado ó es Dios ó no lo es.

Si es Dios, todo se explica. El mundo adora al Judío crucificado, Jesús de Nazareth, porque milagros de evidencia irresistible, obrados por él y sus discípulos, han probado su divinidad y forzado la fe del género humano. Siendo el Cristianismo la obra de Dios, es verdadero, completamente verdadero, eternamente verdadero; y nada hay mejor fundado que el CREDO del cristiano.

Si el Judío crucificado, Jesús de Nazareth, que hace mil ochocientos años está sobre los altares del género humano, no es Dios, el mundo entero, el mundo civilizado, ha sido víctima de una inmensa, de una incurable alu-

cinación; puesto que sobre la simple palabra de doce ignorantes, de doce falsarios, de doce fanáticos, que le han dicho haber visto lo que no han visto, haber oído lo que no han oído, contra todas las luces de su razón, y á pesar de las inclinaciones de su corazón, ha adorado y adora como al Criador del cielo y de la tierra, á un Judío crucificado que dice que es Dios, no siéndolo.

III

La primera conclusión de este razonamiento es, que el CREDO del cristiano, basado sobre el hecho del establecimiento del Cristianismo, con milagros ó sin milagros, permanece un refugio inexpugnable.

La segunda, que encierra al incrédulo en un círculo de hierro del cual no puede escaparse sino por una de estas dos salidas:

La FE en su más elevada potencia.

O la LOCURA hasta los últimos límites.

IV

Vengan ahora los poderes de las tinieblas con sus obras nefastas;

Los tiempos malvados, divinamente anunciados, con sus peligros de todo género; el enflaquecimiento de la fe, la decadencia de las costumbres; el aumento de los crímenes, la enormidad de los escándalos;

Los Herejes, con su actividad febril de mentirosa propaganda, con su oro corruptor y sus calumnias contra el Catolicismo;

Los Racionalistas, con sus blasfemias y sofismas diariamente renovados;

Los Solidarios, con su odio de la verdad, llevado hasta el furor;

Los Incrédulos de cualquier clase con su soberbio desdén y su risa satánica;

Los Revolucionarios con sus proyectos anárquicos, hábilmente elaborados en los tenebrosos antros de las sociedades secretas;

Los Espiritistas, con sus oráculos, sus prestigios y su pretensión, altamente manifestada, de sustituir el culto de los demonios al culto del verdadero Dios;

V

Que los gobiernos heridos de demencia, se ligen contra el Cristianismo y contra la Iglesia; que sustituyan el derecho de la fuerza á la fuerza del derecho, y hagan propia de los hombres la moral de los lobos;

Que las naciones tocadas del *militarium tremens* se organicen en campamentos armados, y que en la previsión de hecatombes humanas, desconocidas en la historia, pongan toda su solícitud en encontrar una arma capaz de matar cien hombres en un minuto;

Que el mundo bautizado, que todo lo debe al Cristianismo, se constituya en insurrección permanente contra Nuestro Señor Jesucristo; que dirija contra su Vicario las armas de sus soldados y las astucias de su diploma-

cia; que le despoje de sus bienes, le niegue sus derechos y le colme de ultrajes;

Que el Papado temporal se derrumbe y con él la llave del edificio social;

Que el Papa arrojado de su morada por sus propios hijos, se vea obligado á emprender el camino del destierro;

Que se manifiesten gérmenes de cisma y den lugar á lamentables defecaciones;

Que, en fin, bajo uno ú otro nombre, Solidarismo, Masonismo, Satanismo, Socialismo, la Revolución triunfante desencadene todas las malas pasiones, derrumbe los tronos, disloque los imperios, anegue en sangre la civilización moderna, y atraiga sobre la tierra culpable catástrofes justamente merecidas.

El Cristianismo no vacilará por eso.

VI

Fuerte en su CREDO, aunque sea niño, tierna doncella, pobre criada,

pequeña obrera, obscuro trabajador, dejará pasar tranquilo y confiado la justicia de Dios.

El sabe y sabrá siempre:

Que todas estas tempestades han sido predichas;

Que no caerá un solo cabello de su cabeza sin la permisión de su Padre celestial;

Que todo lo que sucede se vuelve en bien de los elegidos;

Que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, y que sus enemigos se pudrirán bien pronto en la tumba que habían abierto para ella.

VII

EL MUNDO ADORA Á UN JUDÍO CRUCIFICADO.

Al abrigo de este hecho, base indestructible de su CREDO, esperará á pie firme el cristiano, sea quien sea, á los enemigos de su Dios y de su fe. En lugar de turbarse con sus sofismas, en lugar de intentar rechazarles con razonamientos, les transformará

en pruebas victoriosas, y hará lo que hacen los hijos del siglo cuando asisten á los espectáculos; se contentará con ver, oír y aplaudir.

VIII

Después que se hayan cansado de disputar, de negar, de razonar, ó más bien, de desrazonar, les dirá: «Cre-yendo trabajar en vuestra obra, lo habéis hecho en la mía. Multiplicad vuestras objeciones, vuestras negaciones, vuestros sarcasmos. Minad todos los fundamentos del Cristianismo; negad las profecias; negad los milagros; negad á Jesucristo; transformad mi religión en un tejido de desvarios, de imposibilidades, de inutilidades; cuanto más absurdos os parezcan sus dogmas, y más impracticable su moral; cuanto más ilusos, débiles, ignorantes y despreciables sean los apóstoles; cuanto más ingenio, saber, elocuencia y crédito tengan los sofistas; mi fe será más viva, más palpable vuestra locura:

Habréis demostrado mejor que la adoración de un Judío crucificado por todas las naciones civilizadas del globo, es un hecho evidentemente inexplicable por las fuerzas humanas; y en consecuencia, evidentemente divino: *Incredibile, ergo divinum* (1).

FIN

(1) No habiendo querido hacer de este opúsculo, destinado á todas las clases de la sociedad, una obra de erudición, hemos omitido las citas. Al que desee conocer las pruebas en que se apoya la historia del establecimiento del Cristianismo, le bastará consultar las obras siguientes: *Bullet, Historia del establecimiento del Cristianismo*; De Colonia, *La verdad del Cristianismo probada por los autores paganos*; *Mamachio, Origenes et antiquitates Christianae*; *Baronios, Annales ecclesiastici*, an. 34-130; *Tacito, Historia*, libr. XV; *Plinio, ad Trajanum*; *Suetonio, in Vespas. et Domitian*; *San Justino, Tertuliano, Anobio, Minucio Félix, Celso, Porfirio, Luciano, y el Catecismo de perseverancia*. del que es, en gran parte, esta publicación de circunstancias, una página desglosada.